

EL SENTIMIENTO DE LA TRADICION EN LA OBRA DE JOSE ENRIQUE RODO *

Evoqué en anteriores artículos la hora en que Ariel vino al mundo. El idealismo de Rodó tiene su manantial de origen en doctrinas e ideologías que surgían por esos años en los centros de cultura occidental, particularmente de cultura francesa, y desde allí se difundían por América. Pero Ariel nace inspirado en graves preocupaciones por los destinos morales de Hispano-América. ¿Qué ideas, qué anhelos, qué conceptos simboliza la bandera idealista que levanta como guión para las lides futuras por la causa del espíritu?

En vano buscaríamos en Ariel ecos del ambiente en que fue concebido. Próspero desliza en su discurso sólo algunas furtivas alusiones al estado social presente de la América de lengua española. La ciudad en que nació Rodó, y cuyo ejido no abandonó durante su juventud, se limpiaba rápidamente por aquellos años de sus resabios de aldea. La política, agria y cruenta, tenía aún la hosquedad característica de los choques de parcialidades espoleadas en gran parte por ancestrales pasiones y bravíos impulsos. Ariel se inserta en la historia uruguaya entre dos fechas manchadas de sangre: 1897-1904, fechas de dos grandes revoluciones, de las que surge el país pronto para la vida civil. La costumbre manda que todo el que sea capaz de manejar una pluma, entre armado de ella al combate polí-

* *La Nación* Buenos Aires, domingo 4 de octubre de 1925

tico. El parlamento y la prensa diaria son los únicos campos de acción intelectual eficaz; todo el que alienta una vocación de escritor va a ellos. En las postrimerías del siglo una nueva generación se perfila formada por jóvenes de cultura más desinteresada, de más pura vocación literaria. Ariel no es "un grito del combate"; no fue concebido, macerado en dolor de vida; no es el fruto maduro de una existencia de lucha y de pasión. Nació de las meditaciones solitarias de un joven que había leído mucho y vivido poco. La vida social y política se exhibía ante sus ojos revuelta y fecunda. Agonizaba entre convulsiones el caudillismo guerrero; como el caballero en pícaro, el fiero caudillo de los andantescos tiempos de hierro se mudaba en cacique electoral. Las canciones de los payadores y las prosas de los relatos recogían los últimos alientos del alma legendaria del gaucho, cuya sangre regaba copiosamente las cuchillas. Llegaban hasta las costas de las capitales cosmopolitas de campañas semiprimitivas las oleadas de remotas tormentas sociales que alumbraban los horizontes con cárdenos fulgores. Desvanecidos los perfiles de los tipos sociales representativos de antaño, aún no se perfilaban con nitidez los de la nueva época incógnita. Suponed un hombre curioso que, dentro de algunos años, quiera conocer la sociedad uruguaya y americana del tiempo en que Rodó vivió. ¿Qué imagen de ella hallará en Ariel, libro escrito para adoctrinar a la juventud de América? Una imagen fugaz y muy borrosa, como vista desde una lejanía. No hay en Ariel una pintura directa de la democracia de América. Ninguna interpretación original y profunda de los fenómenos sociales característicos de los pueblos americanos sirve de base y

punto de partida al pensamiento de Rodó. No hace tampoco crítica social vigorosa y penetrante. El supuesto lector futuro cerrará el libro desengañado. Antes, dejará en él esta acotación marginal: "era Rodó un mediano observador de la realidad".

Algunas alusiones diseminadas en el discurso, y, sobre todo, una callada vibración de sus palabras dejan adivinar su descontento del presente que pertenece "casi por completo al tosco brazo que nivela y construye", tal como el pasado al brazo del guerrero. No es Rodó un inadaptado, ni se recluye en una torre de marfil más o menos auténtica. No es tampoco un temperamento de luchador que baja a estimular y a provocar a latigazos las adormecidas fuerzas sociales. Abriendo la ventana de su biblioteca, donde vive en la intimidad cálida y escondida de los más altos espíritus, se asoma a contemplar el mundo; es la suya "una mirada noble y serena tendida de lo alto de la razón sobre las cosas". La vasta y dilatada contemplación del pensador no se estrecha en la exigua perspectiva de los que viven sólo en la hora presente. El presente emerge como una isla entre una doble lontananza infinita. Pasado embellecido por el recuerdo; porvenir idealizado por la esperanza; tales son los dos pensamientos que entrecruzan dorados mirajes sobre la aridez de la vida presente de América. Quien sea capaz de percibir la emoción, no por recóndita menos real, que este escritor austeramente impersonal disimula bajo la lisura de sus frases, sentirá como algo conmovedor esa terca esperanza en un lejano floreal con que legitima el optimismo de su pensar. "La obra mejor es la que se realiza sin las impacencias del éxito inmediato; y el más glorioso esfuerzo es el que pone

la esperanza más allá del horizonte; y la abnegación más pura es la que se niega en lo presente, no ya la compensación del lauro y el honor ruidoso, sino aun la voluptuosidad moral que se solaza en la contemplación de la obra consumada y el término seguro”.

El sentimiento de la tradición histórica es una de las claves del optimismo de Ariel. En el ensayo sobre “Idola Fori”, inapreciable glosa, señaló su alcance y sus limitaciones con más precisión que en las fórmulas generales del discurso de Próspero. Funesta es la idea de la tradición cuando, mal interpretada, inspira ciegas glorificaciones del pasado y es yugo con que partidos estrechamente conservadores, humillan la cerviz de los pueblos. Tradición y progreso no son conceptos antípodas, sino complementarios. Tanto más alta, tanto más férvida y afirmativa es la conciencia de un pueblo, creadora de derechos nuevos, cuanto más hondamente hunde sus raíces, como un árbol en la entraña materna del pasado histórico. Avivar ese sentimiento en los pueblos de América es un modo de contribuir a plasmar su conciencia y fijar los definitivos contornos de personalidades colectivas. “Diríase, escribe Rodó, que del misterioso fondo sin conciencia donde se retraen y aguardan las cosas adormidas que parecen haber pasado para siempre en el alma de los hombres y de los pueblos, se levantan a su conjuro las voces ancestrales, los reclamos de la tradición, los alardes de orgullo de linaje y preludian un canto de alborada. Muchos son los libros americanos de estos últimos tiempos en que podrían señalarse las huellas de ese despertar de la conciencia de la raza, no vinculada ya a una estrecha conservación en lo político y de pensar cautivo y receloso, sino abierta a todos los

anhelos de la libertad y a todas las capacidades de adelanto, henchidas de espíritu moderno, de amplitud humana, de simpatía universal". Leed en el volumen póstumo titulado "El Camino de Paros" el artículo sobre el sentimiento de la tradición en los pueblos hispano-americanos. Lamenta en él Rodó que las circunstancias en que estalló y se desarrolló la revolución libertadora de América provocasen en muchos casos una ruptura o desgarramiento total del vínculo con el pasado histórico; el candoroso idealismo revolucionario impuso la imitación del hábito extranjero y se adoptó como criterio constitucional prevalente la copia de instituciones de pueblos ajenos, de formación y carácter muy diversos a los nuestros. Más tarde los aluviones cosmopolitas, que se volcaron sobre nuestro suelo necesitado del esfuerzo fecundador de todas las razas, anegaron casi todas las cosas que aún conservaban color de originalidad, sabor terruñero, arrasaron y sepultaron elementos de valor precioso para mantener un sello propio y genuino al arte, a la vida social, a la fisonomía moral de nuestros países jóvenes. "Asistimos a ese naufragio de la tradición y debe preocuparnos el interés social de que él no llegue a consumarse. El anhelo de porvenir, la simpatía por lo nuevo, una hospitalidad amplia y generosa, son naturales condiciones de nuestro desenvolvimiento; pero si hemos de mantener alguna personalidad colectiva, necesitamos reconocernos en el pasado y divisarlo constantemente por encima de nuestro suelto volamen. La persuasión que es necesario difundir, hasta convertirla en sentido común de nuestros pueblos, es que ni la riqueza, ni la intelectualidad, ni la cultura, ni la fuerza de las armas, pueden suplir en

el ser de las Naciones, como no suplen en el individuo, la ausencia de ese valor irreductible y soberano: ser algo propio, tener un carácter personal...". En los mismos días de Ariel una literatura de revisión y de crítica, surgida en España después del desastre colonial, literatura que era como la conciencia implacable y sincera de la Nación, aconsejaba por boca de Joaquín Costa, acerbo y tonante profeta, sellar bajo siete sellos el sepulcro del Cid. Rodó hubiera repudiado también la tradición concebida como factor de quietismo y de inercia, hubiera decretado la proscripción del verbalismo declamatorio, flagelo espiritual de España y América. La tradición concebida como un sentimiento petrificado con duras aristas de vanidad es un peso muerto en el alma de un pueblo. Es así también en literatura el mal entendido casticismo. Pero cuando la tradición es viva, surgente, que salta al golpear el pensamiento la roca del pasado y cuyas aguas traen de lugares remotísimos los jugos maternos de la tierra fertilizada por el esfuerzo de las generaciones que mezclaron a ella el polvo de sus huesos, tiene virtud tónica y exaltadora. El sentimiento de una común tradición es vínculo para enlazar a los pueblos de América; por él, la expresión Hispano-América, tan querida de Rodó, tiene desde su origen sentido claro y preciso. Es un correctivo para lo que tiene de ingenua y utópica la fe en el progreso indefinido que el siglo XVIII, el siglo de Condorçet, legó a la democracia igualitaria del XIX; tiende un puente sobre el abismo que la ideología jacobina cavó entre el pasado y el presente. Para simbolizar su concepto de la tradición tomó Rodó de Carlos Arturo Torres una bella imagen inspirada en un bajo relieve de Fremieux.

¡Que un puño recio aguante el timón y ajuste la vela; que un vigía alerta avizore la ruta entre las nieblas del horizonte; pero que no se pierda del todo de vista la costa abandonada y el camino recorrido que sirven como puntos de referencias y de orientación! Es casi una verdad de sentido común.

Hay en el temperamento literario de Rodó algo del entono del hidalgo. Leyendo por orden cronológico sus escritos es revelador ver cómo se acrecientan paso a paso el sabor castizo, lo pintoresco, levantado y brioso de la expresión; denuncia este hecho un comercio siempre más asiduo y provechoso con los maestros del habla, los clásicos del Siglo de Oro. Muestra también un temperamento personal que se desnuda y vigoriza nutrido de experiencia y de cultura. La opulencia de la frase, la rotundidad oratoria del "Bolívar" y el "Montalvo", lucen cualidades y defectos netamente españoles, castizos. Tuvo innato horror a lo advenedizo, a lo improvisado y lo plebeyo, que no es lo popular. Puso, como se ha hecho notar con frecuencia, mucho de sí mismo en Montalvo; Montalvo, visto al través de su ensayo, es, en muchos aspectos, Rodó como hubiera deseado ser. Viviendo y escribiendo en pueblo donde todo es de ayer rehusó renunciar al orgullo de "ser de linaje y solar conocido en las tradiciones de la humanidad civilizada". Es injusto el reproche de los que critican su juicio sobre la democracia americana del Norte, suponiendo pretende establecer un paralelo imposible entre el grado de progreso presente, material e intelectual de aquella Nación y de los pueblos de Hispano-América. No es ésa su posición y no analizo ahora el juicio mismo. Si aquella civilización le produce "una singular im-

presión de insuficiencia y de vacío" no es porque alardee de escribir desde ambientes más cultos o más ricos o más prósperos; enuncia su juicio "con el derecho que da la historia de treinta siglos presididos por la dignidad del espíritu clásico y del espíritu cristiano". No es el hijo envanecido de una región; es el hijo de la cultura universal quien emite ese juicio severo.

No busca Rodó la originalidad en la rebeldía, en la exacerbación de la individualidad, sino en la continuidad de una aceptada tradición de sociabilidad y de cultura. En ese sentido es acertado el calificativo de espíritu clásico que le discierne Gonzalo Zaldumbide. Pertenece al linaje de espíritus sosegados y fuertes que no persiguen un sueño de genialidad excéntrica. Los dramaturgos que crearon obras imperecederas con personajes y temas muchas veces llevados a las tablas por otros; los escultores que reprodujeron incansablemente figuras consagradas y triunfaron llevando a perfección un tipo mil veces entrevisto de humanidad y de hermosura, supieron lo que vale la disciplina de una tradición; como lirios inmarcesibles, perennemente fragantes, se abren sus obras prendidas al tronco secular de alguna tradición gloriosa.

Amor de patria; americanismo; orgullo de linaje hispánico; vinculación íntima con las fuentes de la cultura materna clásica y cristiana; reivindicación de la ciudadanía universal, del carácter primordial de hombre a quien nada humano le es extraño, según la clásica sentencia; así se ensancha su sentimiento en ondas concéntricas y cada idea parcial de éstas se libera de lo que tenía de estrecho y de exclusivo al dilatarse en el seno de una concepción más vasta.

Por eso, en el preludio de Ariel, Rodó celebra (dudé si escribir canta) los dos grandes momentos floreales de la civilización de cuyo espíritu vivimos. El "milagro griego", la Grecia de mármol de Paros o de Naxos, legada a la admiración del siglo XIX occidental por Vinckelmann y Lessing, y ante la cual se han arrodillado humanistas, poetas y hombres de ciencia, no ha inspirado en castellano más cumplido elogio. Rodó reza su oración ante la Acrópolis (ante la Acrópolis greco-francesa de Renán). Porque son escritores franceses sus guías en este descubrimiento jubiloso del ideal clásico. Confesó Rubén Darío con sinceridad de poeta: "Amo más que la Grecia de los griegos, la Grecia de la Francia". El amor de Rodó tenía un matiz diferente: hubiera juzgado "demasiado siglo XVIII" esa Grecia muelle y voluptuosa; la suya era noble y serena como la estatuaria idealista del siglo de Pericles. Glorifica también "el milagro judío", el cristianismo de idilio al que Renán robó su ígneo corazón. Ideal clásico, marmóreo, estilizado; cristianismo de égloga galilea "del que están ausentes los ascetas", cristianismo estilizado, según la interpretación de Renán, que proclama "tanto más verdadera cuanto más poética". (Cómo no señalar en esta frase la transposición de un pensamiento de su maestro: "un excelente arquitecto en cuya compañía había viajado acostumbraba a decirme que para él siempre la verdad de los dioses guardaba proporción con la sólida belleza de los templos que se les han erigido".) Helenismo y cristianismo naciente fueron, a su juicio, dos juveniles modos de concebir la vida que no podrían reflorar íntegramente en las complejas sociedades modernas; de su síntesis, sin embargo, espera

vagamente "la inmortal fórmula del porvenir". He ahí, pues, cómo Rodó toma de la tradición los dos elementos que, conciliados por misteriosa alquimia, harán verdadera en el futuro su optimista quimera, su inmortal fórmula, República platónica, ciudad del sol, y pedestal soñado de la estatua de Ariel. . .

Concluyo: sentido de la tradición en la obra de Rodó: anhelo de un espíritu que para superar las limitaciones y barreras del presente quiere integrarse en la armonía de un orden superior. Si esta frase, orden superior, no os place, corregid, así: orden abstracto.